

Dictamen moral

Leídas estas páginas y evaluada la doctrina que en ellas se alberga, juzgamos el contenido de este libro sumamente pernicioso y dañino para la moral católica a causa de las falsedades, inmundicias y execrables blasfemias que su autor, guiado por la lujuria más nefanda, ha vertido en él.

No se autoriza, por estrictas razones de moralidad y decoro, la publicación y difusión del mismo.

TOTUS OBSTAT.

D. Pascual García García, Pbro.

Sin licencia eclesiástica
NON IMPRIMATUR

LOS TIBIOS BALBUCEOS DEL EDÉN

“No queda demasiado claro [...] si fue realmente la manzana el
fruto prohibido del que comieron Adán y Eva”
(Javier Tomeo, *Los reyes del huerto*)

“Hay cosas que sólo empezaremos a entenderlas
cuando nos remontemos a las fuentes”
(José Saramago, *El evangelio según Jesucristo*)

— **T**odavía no he entendido por qué las cosas han de ser así, y por qué Yahvé nos ha ordenado la ejecución de este extraño ejercicio para conseguir la reproducción.

Eva, desnuda boca arriba sobre la hierba, escuchó a Adán pronunciar estas palabras y se mantuvo inicialmente en silencio. Era consciente de que, como mujer, había sido concebida para el silencio y la conformidad. Y, por tanto, se mantuvo a la expectativa. Por el cielo, cruzando fugaces el aire del Edén, pudo contar no menos de seis colores de pájaros, todos ellos silbantes, mayestáticos y felices. Realmente, formularse preguntas en el seno de aquel paraje se le antojaba casi una blasfemia contra el Creador, pero la curiosidad era más fuerte que sus incipientes rudimentos de ética.

—Yo tampoco lo llego a entender bien, Adán. Pero Yahvé es Yahvé; y nosotros, barro. No conviene que lo olvides. ¿Cómo pretendes desentrañar los cauces de su sabiduría? ¿Acaso ignoras que la soberbia de ese interrogante puede mancillarnos ante Él? Yo creo que deberíamos resignarnos con lo que tenemos, sin recubrirlo de preguntas. ¿O es que no temes el brillo de sus ojos cuando hacia nosotros los enfila?

Adán se levantó, tan desnudo como su compañera, y se sacudió unas briznas de hierba adheridas a sus muslos con incómoda pertinacia. Jamás hubiera aceptado que la sensatez anidara en otras palabras que no fueran las suyas; admitirlo se le antojaba un oprobio sin límite, que no estaba dispuesto a fomentar.

—Ven, álzate. Quiero pasear en dirección al río —manifestó Adán, por toda respuesta.

Eva obedeció, con una sumisión blanda, gris y llena de pereza, pues el tiempo destinado a la práctica reproductora había disminuido su aliento y sus ganas de caminar, que siempre eran tan notables. Si por ella hubiese sido, mucho más gustosamente se habrían quedado allí, tumbados en la hierba, bordeados por una leve empalizada de arbustos verdísimos. Pero Yahvé (bien lo recordaba Eva) había hablado, desde que la mujer había accedido al mundo, con la suficiente contundencia y con el suficiente ardor: ella fue esculpida gracias a Adán, con carne de Adán y para mitigar la soledad de Adán. La obediencia ciega era, por tanto, inexcusable, una férrea consigna que no podía ser vulnerada por la hembra, y que tampoco podría serlo por sus infinitas descendientes.

En silencio, atravesando un sendero bordeado de flores, las dos figuras avanzaban con lentitud, dejándose acariciar por la brisa del Paraíso, notando el dulce perfume que exhalaban los árboles y sintiendo el frescor salvaje de las cercanas aguas del lago. Adán, entonces, tras rozar la cabeza de un cervatillo que les había salido al paso, reanudó con terquedad infantil su discurso, como si sus turbaciones no lo hubieran abandonado durante la caminata.

—Pero es que, además, el ejercicio resulta doblemente absurdo, ¿no te parece? En primer lugar, me siento muy ridículo cuando nos ponemos de rodillas, tú te das la vuelta y yo introduzco mi órgano dentro de ti, para dejarte dentro ese raro líquido. Y, por otro lado, ¿qué necesidad tenemos de ese ayuntamiento estúpido, si la Omnipotencia de Yahvé puede engendrar en ti la descendencia volviendo a tomar de mi interior otra costilla? El Creador puede repetir infinitamente ese acto, porque infinita es su paciencia e infinito su tiempo.

—Dices bien —corroboró Eva, a la cual molestaba mucho la absurda postura adoptada en el extraño rito.

—Nunca nos ha explicado la causa de esta gimnasia, ni nos ha dado el nombre para estas partes de nosotros —siguió Adán, señalándose los genitales—. Y ni siquiera nos dio la facultad de decidirlos nosotros. ¿Te acuerdas de aquella tarde? Nos dijo: “A esto lo llamaréis cabeza. Esto otro es el pie. Mano es el nombre de esa zarpa”. Pero cuando llegó aquí omitió referencia alguna, como si se hubiese olvidado; y no creas que este hecho ha dejado de intrigar-me un solo día desde que tú viniste. Es incómodo que ese fragmento de mí se bambolee entre mis piernas y no pueda llamarlo de modo alguno.

—¿Crees que deberíamos ir a pedirle esos nombres? —aventuró Eva, sin levantar la vista del suelo, para darle a entender a Adán que le cedía la autoridad de la decisión.

El hombre meditó durante unos segundos. Había aprendido a ser prudente en las cuestiones relativas a Yahvé, de quien adivinaba su invisible furia. Pero luego, tratando de contagiar entusiasmo a su compañera, asin-

tió, como quien se rinde a un capricho inflexible de la voluntad.

—Nada encuentro de malo en ello. Acudamos a Yahvé.

Ambos se encaminaron entonces hacia el rincón donde Yahvé tenía por costumbre mostrárseles, barajando en sus cabezas una y mil veces el modo en que iban a plantear la cuestión, pues la diplomacia es siempre el disfraz más elegante del miedo. No podían (eso resultaba evidente) insinuar un descuido en la mente de Dios, pues su interrogación caería entonces del lado de la curiosidad herética: si Él obró de esa forma, razones le ampararían. Y ellos, pobre barro animado y costilla inerte, iban a osar molestarle con su torpe bagaje de inquisiciones. ¿Cómo hacerlo, pues, sin ofender a la Divinidad, y sin quedarse a la postre sin respuestas?

Aquejados por ese malestar —que era casi tan fuerte y tan caudaloso como su interés—, e incapaces de solucionar el problema, no se dieron cuenta de que una serpiente se descolgaba de la rama de un árbol cercano hasta quedar a la altura de sus ojos, y mostraba su lengua bífida mientras silbaba una dura advertencia.

—No os dirá nada —espetó el ofidio—. No querrá decirnos nada. Ya tendréis ocasión de comprobarlo.

Eva, venciendo un asco instintivo que le brotaba de la boca del estómago, se atrevió a encararse con el animal, ante el que trató de mostrar coraje.

—¿Por qué dices eso? ¿Quién eres tú para conocer la voluntad de Yahvé? Y, además, ¿cómo sabes que acudíamos a preguntarle algo? ¿Qué extraña brujería late bajo tus escamas inmundas?

Sin sentirse ofendida por el tono de este parlamento, la serpiente pareció sonreír mientras contestaba.

—¡Qué bien te defiendes con la lengua, niña, y qué prometedor futuro vislumbro en ello! Yo soy una serpiente, como sin duda sabrás, porque fue tu compañero quien me otorgó ese nombre, al igual que otorgó los otros, en aquella jornada de furor nominal que Yahvé le autorizó, tal vez con el deseo de que no se sintiera tan inútil ni tan superfluo sobre los jardines bellísimos del Edén.

Adán enrojeció, humillado por aquella descortesía, y dejó que la ira más feroz explotara desde sus labios.

—Yahvé me concedió ese privilegio por amor, animal maldito, y no por misericordia. Él me consideró, con esa dación tan sublime, su igual sobre el Paraíso, facultándome para el bautismo de los seres.

La serpiente hizo bailar su lengua.

—¡Qué candor el tuyo, Primer Hombre! Para Yahvé sólo existen dos tipos de seres: los adoradores y los enemigos. Y para sustentar adoradores le era necesario ganarse tu plena confianza, tu amoroso respeto y hasta tu cariño. Conseguidos esos beneficios, te ha regalado la reproducción, para que fabriques miles de nuevos adoradores que le tributen pleitesía. ¡Admirable maquinaria para el futuro! ¿Acaso no alcanzas a verlo?

Adán, dominado por la cólera, y Eva, dominada por la perplejidad, no atinaron a encontrar una réplica válida a las palabras de la serpiente, que los había turbado hasta lo indecible.

—¿Os habíais preguntado qué fin tenía la reproducción? Pues ya lo sabéis, incautos: la incesante generación de fieles adoradores... Yahvé se alimenta de alabanzas,

como vosotros de frutos y de agua. Él os quiso fértiles para que el canto de vuestras plegarias se multiplicara ahora por dos, y luego por diez, y más tarde por miles y por millones, y se convirtiera en la mejor música para arrullar sus oídos egocéntricos, que sólo ansían la sumisión. Ésa es la respuesta que buscabais. Ya disponéis de ella.

—Te equivocas, desagradecido animal —dijo el varón, recuperando el aliento—. Lo que acudimos a preguntarle no es “¿Por qué?”, sino “¿Por qué así?”, y para que otorgue nombre a nuestros órganos. Son dos cuestiones que no implican duda ni soberbia. Tus dicterios no conseguirán hacernos perder la fe en Yahvé, ni reducirán el amor que le tributamos. De tal modo que apártate de nuestro camino.

La serpiente no se inmutó.

—Eso, eso, preguntadle al Viejo Búho qué conseguís vosotros ahorrándole el trabajo de extraer costillas y esculpir nuevos seres; interrogadle para conocer el beneficio que vais a obtener vosotros dos por dejarle a Él en reposo, despreocupado de toda actividad y presto tan sólo a recibir plácemes y agradecimientos por una insignificante cirugía que realizó sobre ti, Primer Hombre.

Adán, que no había entendido el significado de la extraña palabra “Cirugía”, y que ya comenzaba a sentirse molesto por ser nombrado “Primer Hombre”, quiso continuar su camino, pero Eva le tomó de un brazo, picada por la curiosidad, y se encaró otra vez con la serpiente.

—¿Y tú conoces la respuesta, reptil?

—No —respondió ella con sinceridad—, no conozco la respuesta. Quizá ni el mismo Yahvé la sepa. Tal vez

seáis un error vicario de su mente. Pero puedo ofreceros algo mejor, si seguís mis instrucciones.

—¿Algo mejor? —acompañó Eva, más intrigada.

La serpiente sonrió y, comprendiendo que había conseguido interesar a los dos humanos, fue descendiendo por el tronco del árbol con una complacida parsimonia, hasta quedar a los pies de la pareja, muy erguida.

—Seré vuestra maestra, pero considero justo establecer mis propias condiciones. Todo —aprendedlo ya— tiene un precio en este mundo. Si vosotros me garantizáis que habréis de comer una fruta del Árbol del Bien y del Mal, yo os enseñaré cómo obtener satisfacciones de esa gimnasia estúpida que tanto os molesta.

Eva se horrorizó al escuchar la mención del árbol anatematizado por Yahvé, pero Adán invitó a la serpiente para que continuara, intuyendo que tan alto coste no podía encubrir sino importantes contrapartidas.

—Habla, engendro, habla —dijo fingiendo desprecio cuando, en realidad, lo devoraba ya el interés—. Di cuanto deseas, que de nada habrá de valerte. Nuestro amor por Yahvé es firme como una roca, y jamás acometeremos acción alguna que lo ofenda.

La serpiente, entonces, sabiéndose virtual triunfadora, desplegó todas las mañas de su seducción, todo el arsenal de sus argucias, y les explicó con detalle en qué consistía el disfrute del sexo, la lujuria y la carne, les hizo partícipes de una sabiduría no conocida en el Edén y les fue convenciendo para que pusieran en práctica todo aquello que con carácter teórico les estaba contando.

Eva, turbada sin saber por qué, prefirió mantenerse en silencio, pues Adán parecía interesado en el discurso

del ofidio. Pero, tras un rato de audición, quiso romper su mutismo con unas sensatas palabras.

—Serpiente, si nos hablas de cosas que no conocemos, ¿cómo puedes pretender que mostremos interés por tu oferta o por tus explicaciones? Para ti quizá encubran esas palabras altos prodigios, pero para nosotros no pasan de ser huecas imágenes cuyo atractivo no alcanzamos a vislumbrar.

El reptil, comprendiendo que Eva había caído por fin en sus redes dialécticas, inclinó la cabeza, en señal de concesión.

—Estás diciendo una gran verdad, Primera Mujer —manifestó—. Pero para conocer lo que es el placer deberéis primero cumplir las condiciones que he estipulado, mordiendo la fruta prohibida.

Un brillo de astucia fulgió entonces en los ojos del animal.

—De todos modos, y para demostraros el alcance de mi buena fe, os mostraré un pequeño adelanto de lo que es el placer; aunque para ello, Eva, deberás tumbarte boca arriba en el césped, y abrir las piernas...

Ella, suspicaz, cumplió el encargo, aunque sin entender el motivo de tan extraña exigencia.

—Ahora, Primer Hombre, arrodíllate entre las piernas de tu compañera, y acerca tus manos a su parte sin nombre.

Él lo hizo, sin entender tampoco el objeto de la maniobra.

—Ahora abre los dos lados de esa parte, y mira bien en su interior. Trata de explicarme lo que en ella ves. ¿Qué observas, dime?

Adán se fijó, sin excitación, en el sexo de Eva, rutinario y nada placentero; y ella, igualmente, se sentía mirada y tocada sin experimentar placer alguno. Sus genitales carecían para ellos de atractivo. Eran un mero instrumento carnoso al servicio de Yahvé.

—Veo el canal por donde meto mi parte sin nombre —contestó con llaneza el varón—. Pero esto no es nuevo, serpiente. Docenas de veces lo he visto.

—¿Y qué ves en la parte superior de ese canal? —dijo el ofidio, para guiar su arcano aprendizaje—. ¿No divisas un pequeño botoncito, algo más sonrosado que el resto?

—Sí, aquí está —dijo Adán, tras una vacilación—. Es curioso. Nunca me había fijado en él.

—Pues pasa ahora la yema de uno de tus dedos por él. Con suavidad, con mucha suavidad, Primer Hombre; poco a poco, hasta que yo te diga que te detengas —ordenó la serpiente.

El hombre comenzó el frotado con toda la suavidad de la que se sentía capaz (que no era realmente mucha), y mantuvo el ejercicio durante unos minutos, con la terquedad ciega de quien espera no sabidos resultados. Eva, cuyo cuerpo no se encontraba aún adaptado a esos tibios masajes, se entretenía con la contemplación del cielo y de los pájaros que lo cruzaban, hasta que optó por cerrar los ojos, un poco aburrida. Si aquella cosa era el placer, no merecía la pena ofender a Dios aprendiéndolo; y tampoco merecía la pena desafiar a Yahvé escuchando los parlamentos enojosos de la serpiente, que les había pedido que profanasen el único árbol intocable del Jardín...

Adán interrumpió su reflexión, cinco minutos después.

—Mira, Eva, fíjate en este raro prodigio. Me estás mojado los dedos con un extraño líquido pegajoso. ¿Cómo puedes hacerlo?

La mujer abrió los ojos con perplejidad y, mientras se incorporaba a duras penas para mirar el curioso flujo, Adán prosiguió sus caricias, con los dedos mucho más lubricados ahora. Eva, en ese instante mágico, en ese minuto glorioso e irrepetible, conoció los inicios del placer entre las manos de su compañero.

—Me está gustando, Adán, me gusta mucho. Jamás he notado algo así. Es como si... ¡Oh, sigue, sigue!... ¿Qué me estás haciendo? ¡Ah! ¡Sigue, sigue! No te pares por nada, por nada. ¡Me gusta! ¡Ah, ahhh! Me gusta, Adán. ¡Ah, cómo me gusta! Me vas a...

Eva se estaba arqueando de placer, arrebatada por las alas del sexo, y en ese punto trascendental la serpiente silbó con furia.

—Detente —ordenó. Y Adán se detuvo, con los ojos desorbitados.

Eva jadeaba, con la boca entreabierta, y se encontraba empapada de sudor, sentada en el suelo, mirando su sexo húmedo y rojo, palpitante y tan desconocido ahora, el cual brillaba y goteaba como una fresca sandía madura, que se hubiera abierto al ser golpeada contra una piedra.

—¿Esto es el placer? —preguntó Adán, decepcionado, mientras miraba a su compañera—. Poca cosa me parece a mí...

La serpiente volvió a mover su lengua, y adoptó una mueca extraña, como queriendo dar a entender que había captado la sutil insinuación del hombre. Entonces explicó

a la mujer lo que debía hacer para proporcionar a su compañero un placer similar al que ella había sentido.

Eva, obediente y aplicada (aunque todavía presa de un cierto mareo), rodeó el sexo de Adán con sus dedos temblorosos y comenzó a acariciarlo con suavidad, fricciónando el órgano con pausados movimientos verticales que se iban acelerando conforme notaba en su compañero los primeros signos de aquella nueva sensación que la serpiente llamaba placer. Tres minutos más tarde, en medio de un espasmo inexplicable de sudor, suspiros y convulsiones deleitosas, Adán se derramó con frenesí en la mano de su costilla, dejándole entre los dedos un licor pegajoso y caliente que ella contempló con curiosidad y con cierta aprensión: era la primera vez que aquel pasmoso líquido se alojaba fuera de su cuerpo, y no sabía si tal circunstancia estaba permitida por el Creador.

—Ese líquido que tanto te fascina se llama semen, Primera Mujer. Y gracias a él podrás concebir hijos para adoración de Yahvé, si ése es por fin tu deseo —dijo el ofidio.

—¡Semen! —repitió Eva—. Ese nombre tampoco nos fue revelado por el Sumo Hacedor. ¡En qué ignorancia tan extraña nos mantenía Yahvé! ¿Tú aciertas a explicártelo, Adán? ¿Por qué crees que Él quiso mantenernos ciegos ante estos deleites?

Pero el hombre, con la respiración alterada y los ojos deslumbrados por el advenimiento de las nuevas sensaciones, todavía no era capaz de articular con soltura sus palabras, y casi nada dijo, aunque su cuerpo lo decía todo por él.

—No, yo tampoco me lo explico; pero te aseguro que esto ya no lo voy a olvidar tan fácilmente...

Luego se volvió hacia el animal, que no había descompuesto su gesto, aunque se adivinaba en el brillo de sus pupilas una inequívoca altivez, fruto de su sabiduría; y, con una inquebrantable decisión, le dijo:

—Serpiente, explícanos el resto de tu lección y dinos con todo detalle qué cosa es el placer, y qué mil posturas como ésta componen su repertorio, pues ten por seguro que morderemos ese fruto del Bien y del Mal que tanto te interesa ver mancillado.

—Adán, ¿crees que debemos hacerlo así? —preguntó Eva, menos decidida que el varón, y más temerosa del castigo de Yahvé.

El hombre no respondió, sino que se limitó a dirigir su vista hacia la serpiente. La decisión estaba tomada; y él era el varón, ante cuyas palabras y decisiones nadie, sino Yahvé, podía vacilar.

El ofidio, entonces, morosamente, deteniéndose en todos los detalles, no dejando que tentación alguna les fuera evitada, les informó de movimientos, caricias, excitaciones y ritmos que debían adoptar, de deleites infinitos que podían conocer, y de las mil y una formas del gusto que, aún incólumes, les estaban aguardando.

Sin apenas interrupciones (sólo algunos tímidos gorjeos de los pájaros, el ruido de algunos cervatillos que por los alrededores deambulaban y el rumor de las aguas del lago), el animal les fue adoctrinando con lengua habilísima y con promesas sin fin, tan tentadoras que en no pocas ocasiones sintieron en sus cuerpos —como si de un anticipo oral se tratara— la excitación y el disfrute sin igual que la lengua de la serpiente parecía estarles garantizando.

Horas después, cuando descendieron las tinieblas de la noche, el ofidio se encaramó de nuevo en su rama y desapareció de su vista, no sin antes recordarles su promesa de comer un fruto del Árbol del Bien y del Mal, prohibido por Yahvé, ahora que ya conocían los resortes inauditos que sus cuerpos escondían para el placer.

Y apenas el animal se hubo ido, Adán se volvió hacia Eva, la miró y brillaron sus pupilas.

—¿Cuándo crees que podríamos practicar todas estas lecciones que la serpiente nos ha enseñado, Eva? No creo que debamos dejar transcurrir mucho tiempo, porque nuestra memoria es flaca y las enseñanzas del reptil han sido muy numerosas. ¿Qué te parece si empezamos esta misma noche? Sería bueno comprobar si hemos salido ganando o perdiendo en el pacto.

Ella dudó púdicamente antes de contestar.

—Tú eres el hombre, y Yahvé a ti me subordinó. Por tanto, se hará cuando tú lo dispongas o lo consideres oportuno.

Por toda respuesta, Adán extendió sus manos (una gran gota de sudor resbalaba por su frente) y rozó los senos de Eva. Con dulzura, recorrió la curva de los mismos hasta que sus pezones respondieron irguiéndose con fuerza y adquiriendo consistencia, desafío y grosor, como pequeños huesos de fruta.

—¿Ves, Eva? —dijo Adán, exultante—. No nos mintió el reptil. Tu cuerpo responde como él dijo que lo haría.

Eva no se explicaba el fenómeno, pero prefirió mantenerse en silencio, porque le resultaba muy agradable aquel roce y no estaba dispuesta a distraerlo con palabras, ni con la formulación de estúpidas interrogaciones sobre

el motivo de aquel deleitoso endurecimiento. Le gustaba, y quizá eso fuera suficiente.

Adán, entonces, enardecido por esa ratificación hecha de silencio, abarcó los dos senos de la mujer con las palmas de sus manos y comenzó a masajearlos describiendo círculos toscos, todavía inmaduros. Eva suspiró, y él supo entonces que este ejercicio le resultaba más agradable que la gimnasia torpe y animal que les ordenara Yahvé desde su aparición en el Paraíso, por lo que siguió pinzando los pezones, acariciando la curva de los mismos y dejando que sus manos resbalaran hacia la cintura, las caderas y las dos esferas perfectas del culo. Luego (y siguiendo las indicaciones de la serpiente) acercó su lengua a uno de los pechos de Eva, quien recibió el húmedo contacto con un suspiro muy fuerte, que le hizo entreabrir la boca y coger la cabeza de su compañero para mantenerla en esa agradable posición. La puesta en práctica de esos actos aún adolecía de cierta tosquedad, pero ellos iban descubriéndolos con aplicado interés.

Adán, sin detenerse más de cinco segundos en cada postura, las quiso ir probando todas, enloquecido por un deseo arrebatador de conocer toda la extensión del placer; y para ello pidió a Eva, sucesivamente, que abriera la boca, que alzase los brazos, que se abriese de piernas, que se arrodillase frente a él, que le pasara su lengua por el sexo, que le dejara a él meter la suya en su agujero sin nombre, que se pusiera a cuatro patas, que se abrazara a él con fuerza en el momento de máxima excitación, que se tumbaran de costado para acariciarse mutuamente los sexos con sus bocas, que deslizase la lengua por su espalda, que cerrara los ojos mientras Adán la recorría con sus

dedos y que, al final, recibiera en su boca el homenaje de su semen caliente, alocado y palpitador, que manaba a borbotones, como si por primera vez encontrara una salida satisfactoria y plena.

Después, mientras permanecían tumbados boca arriba sobre la hierba, intentando recobrar el ritmo normal de la respiración, escucharon la voz del Creador, que demandaba la presencia de los dos humanos junto al río. Atemorizados, contemplaron sus sexos húmedos, goteantes aún a causa del placer y rojos por la extenuadora sesión que habían protagonizado, y comprendieron que el Sumo Hacedor había descubierto sus manejos, por lo que les reclamaba a su lado para impartir el castigo.

Resignados, humildes y satisfechos, se fueron aproximando hacia Yahvé, quien los miró sin ira y les habló de muy sosegada manera.

—Veo que seguís practicando el ejercicio de la procreación. Muy bien. Lo apruebo. Sin duda será un hermoso sitio el Edén cuando lo cubran por entero vuestros descendientes...

Adán y Eva se miraron entonces con estupor. Yahvé no conocía las prácticas aprendidas de la serpiente, y esto les produjo un asombro inaudito, pero optaron por el silencio, por la inclinación de sus cabezas y por la retirada hacia su hogar, donde se entregarían al sueño placidísimo que les vino tras el sexo y el conocimiento del placer.

Al día siguiente, cuando el sol estaba ya muy alto en el firmamento, la serpiente decidió visitarles en su cueva, pues ellos parecían no mostrar interés alguno por salir de la misma esa mañana.

Ya dentro (hubo de deslizarse el animal a través de una pequeña abertura que cumplía las funciones de ventana), les pudo contemplar tendidos en el suelo, sudorosos, enzarzados en el perfeccionamiento de los juegos eróticos. Adán acariciaba con su lengua el clítoris de Eva, quien se encogía y se estiraba convulsivamente, sujetando por el cabello al hombre. Las manos de Adán, lejos de permanecer quietas en las caderas de la mujer, subían reptando hacia sus senos, retorcían los pezones, los englobaban con ademán posesivo y llegaban hasta la boca entreabierta, cuyos labios parecían insaciables en su deseo de humedecer los dedos del varón.

De súbito, en un giro, era Adán quien quedaba debajo y Eva quien se encaramaba sobre su compañero, dejando que sus senos pendulantes le fueran rozando desde el pecho hasta el sexo, con un sabio y estudiado deslizamiento que enervaba el cuerpo del hombre. O bien luchaba fingidamente con él, boca contra boca, mezclando las lenguas en una lujuriosa pugna, para luego ir extendiendo la saliva común en un reguero que iba desde los labios de Adán hasta su pecho, y desde ahí hasta su estómago, y desde éste hasta su sexo enhiesto, rojo, palpitante, que deseaba ser succionado por la boca húmeda y fresca de Eva, quien no se hacía de rogar para cumplir este encargo susurrado por el hombre, resplandeciente de sudor, húmedo de sal y arena.

—¡Bravo! —exclamó la serpiente, paralizando el juego con su grito—. Ya me doy cuenta de que aprendéis con increíble rapidez y que no necesitaré repetiros dos veces las mismas instrucciones. ¿Habéis cumplido vuestra parte del trato?

Adán se mordió los labios antes de responder, sabedor de que sus palabras no iban a agradar al reptil.

—No hemos tenido tiempo todavía, puedo asegurártelo. Esto que llamas placer es tan absorbente que no nos ha dejado ocasión de hacer otra cosa desde que nos lo enseñaste. Pero yo te aseguro que mañana o pasado mañana...

—¿Mañana, dices? —se encolerizó el animal—. El árbol puede verse desde la entrada de la cueva, ¿y me decís que hasta mañana o pasado mañana no pensáis completar el pacto? ¿Es eso lo que estáis intentando decirme?

—Así es —ratificó Adán, armándose de valor para la respuesta.

La contestación de la serpiente fue enigmática y llena de una extraña paciencia, como si la serenidad de un dios anidase en su lengua.

—Está bien, Primeros Hombres. Aguardaré hasta pasado mañana, puesto que así me lo habéis pedido, y entonces vendré a comprobar si habéis cumplido lo estipulado. Me parece justo que así sea. Podéis, mientras, seguir con el juego, pues nadie habrá de veros.

Dicho esto, el ofidio salió sin hacer ruido de la cueva y quedaron solos los dos amantes, tendidos todavía en la fina arena del suelo. Eva, fría tras las palabras de la serpiente, quiso levantarse.

—Me pregunto —dijo— si estamos obrando bien. Nuestra vida es hermosa en el Paraíso. Y ya sabes que si comemos de esa fruta ofenderemos a Yahvé...

—Olvídate de Yahvé —replicó Adán, mientras la tomaba férreamente por un brazo, impidiéndole levantarse—. Preocúpate sólo de esto.

Y depositó la mano derecha de la mujer sobre su sexo todavía pujante, todavía deseoso, todavía húmedo. Ella, con una compleja mezcla de lujuria, de obediencia y de temor, se inclinó hasta acariciarlo con su lengua y redondeó su boca alrededor del pene.

Dos días después volvió la cumplidora serpiente a la cueva y les encontró dormidos en el suelo, con los signos inequívocos de haber pasado la noche en dulces combates de amor. Sin duda, los dos estaban mucho más delgados que la última vez que los había visto.

Y, tras hacer que se despertaran, volvió a interrogarles con su lengua bífida.

—¿Se ha cumplido ya mi deseo, para completar el pacto de forma conveniente? —preguntó con rapidez.

Adán vaciló unos segundos antes de emitir su respuesta. Era evidente que estaba buscando una disculpa que pareciese razonable; pero el ofidio no toleró esa farsa y dejó que su ira explotase.

—¡Malditos seáis, Primeros Hombres! —escupió la serpiente—. Jamás debí fiarme de vuestras promesas, que me han hecho enriqueceros sin obtener nada a cambio. Yahvé conocerá pronto vuestro desliz... Y ya encontraré yo la forma de vengarme más adelante de vuestra infidelidad...

Sin articular más vocablo, el ofidio se escurrió fuera de la cueva, dejando a Adán y Eva suspensos y temerosos de las consecuencias que su desobediencia pudiera provocar en el Sumo Hacedor, tan amoroso en su justicia como —temían— cruel en sus represalias... La mujer, cubriéndose con unas pieles, comenzó a llorar con sincera amargura, consciente de que la pérdida de confianza de Yahvé podía ser espantosa.

—Esto nos ha reportado tu lujuria, Adán... Yahvé cobrará su venganza sobre nuestras vidas o nuestros privilegios, y sólo a ti deberé agradecértelo.

Adán frunció los labios y se encogió de hombros.

—¿Acaso te parece que hemos desobedecido de alguna manera a Yahvé? Yo no creo que sea así... Además, cuando nos llame podremos decirle que, por encima de todo, hemos respetado su prohibición de comer del Árbol Maldito, y esa excusa nos valdrá su indulgencia. Aguarda y lo verás. Una serpiente no puede vencer a las criaturas favoritas de Yahvé.

Sin confiar demasiado en las palabras del hombre, Eva se arrinconó en un extremo de la cueva, y se entretuvo en escuchar los diversos trinos de los pájaros que, en una sinfonía variada, la iban embargando con sus melodiosos cantos. Ya era capaz de diferenciar con perfecta nitidez muchos de ellos. Y ahora, precisamente ahora, Yahvé iba a descargar sobre ellos el peso riguroso de su ira, por culpa de Adán, incapaz de moderar sus instintos dentro de unos cauces más o menos discretos. Una voz atronadora la distrajo de esas meditaciones y la llenó de espanto y temblores.

—¡Adán, Eva! Acudid a mi llamada. Yahvé os reclama a su presencia.

Acobardados, sabiendo que la serpiente había cumplido la amenaza verbal que instantes antes les escupiera con odio, los humanos emergieron de la cueva cubiertos con unas pieles (Adán, imitando a Eva, había procedido a un similar camuflaje), y se encaminaron hacia la Fuente de las Revelaciones con paso cansino, arrastrando los pies. En ella, como temían desde la inquietante llamada,

se encontraba el Creador del Mundo, con ceño fruncido, rodeado por una vasta y brillantísima legión de ángeles y arcángeles.

—¿Es cierto cuanto me ha contado la serpiente?
—clamó.

—No sé qué puede haberte contado ese animal, Yahvé, porque no hemos cometido pecado alguno contra ti, ni hemos ejecutado acto de ningún tipo que pudiera ofender a tu confianza —susurró Adán.

—¡No finjas sumisión ante mí, Adán, porque conozco todos los rincones de tu alma con la misma facilidad con la que puedo leer en las aguas cristalinas de esta fuente, y advierto que dices mentira en estos momentos! ¡Di la verdad ante tu Dios!

Sabiendo que todo estaba perdido, y que Yahvé conocía la naturaleza de su pecado, Adán inclinó el rostro y explicó los pormenores del mismo, con creciente espanto del Sumo Hacedor, que iba enrojeciendo de ira conforme su criatura predilecta reconocía la impudicia de las posturas adoptadas en los ritos amorosos, el infinito caudal de sus pasiones y los mimos lujuriosos que la serpiente les había enseñado, y que ellos habían conseguido mejorar ostensiblemente.

—¡Basta, Adán! —tronó Yahvé—. Frena tu lengua y no permitas que sigan saliendo de ella vocablos que tanto me ofenden... ¿Cómo habéis sido capaces de infamarme de esa manera, sabiendo que os di la vida con mi más tierno gesto, cuando para nada os necesitaba?

Adán esgrimió su postrera mentira.

—Eva fue quien me incitó, Yahvé. Escuchando las palabras de la serpiente y observando al mismo tiempo

la voluptuosidad de los senos, de las caderas y del sexo de la mujer que a mi lado pusiste, no tuve otro remedio que sucumbir. Si ella no fuera tan apetecible mi obediencia a ti no se habría alterado lo más mínimo. Perdóname la torpeza de este error.

—Yahvé, yo te aseguro que... —empezó a decir la aludida.

—Guarda silencio, hembra —atajó el Creador, con gesto asqueado—. Intuí tu maldad desde el momento en que extraje de su cuerpo una costilla para fabricarte. Pero no creas que te achaco a ti todo el pecado cometido: Adán sin duda supo convencerte, empleando en el intento cuantas artes se derivan de la elocuencia. Por ello, el castigo debe afectaros a ambos por igual, pues yo reparto con probidad mis venganzas.

Acto continuo, Yahvé guardó silencio, meditando en la esencia del castigo que merecían aquellas rebeldes criaturas, y éstas se mantuvieron en un similar mutismo, aguardando más la benevolencia que la exactitud del Creador. Un minuto después, Yahvé volvió a hablarles, con voz amansada.

—Adán, ¿cómo te sentías dentro de Eva cuando ejercitabais los horrendos placeres que os dictara la serpiente? Dímelo sin reservas, porque de ello dependerá mi decisión.

Los ojos de Adán se iluminaron con el recuerdo de la noche anterior, y con todas las sensaciones experimentadas al jugar con Eva a los juegos prohibidos, que resucitaron en su fantasía por unos segundos.

—Sentía como si todo mi sexo estuviera hecho de fuego, Yahvé. No puedo explicarlo de mejor forma.

El Hacedor inclinó la vista, turbado o molesto con la imagen empleada por su criatura, pero no tardó en emitir su veredicto.

—Pues ese símbolo del fuego será el que os mantendrá expulsados del Edén para siempre —dijo, ante el horror de los dos humanos—. Una dura espada de fuego se mantendrá erguida en la puerta del Paraíso (tan dura, tan ardiente y tan erguida como tu sexo, Adán) recordando así a las generaciones futuras el motivo de vuestra expulsión, la causa del repudio divino. Por el consejo nefando de un reptil obtuvisteis placer, y por ese mismo placer (que yo no os autoricé de forma expresa), padecéis el destierro. Ahora partid de mi lado.

—No seas tan estricto con nosotros, Yahvé —gimió Eva, sinceramente conmovida y asaltada por las lágrimas—. Expulsarnos es demasiado cruel. Busca otro castigo más liviano para nuestra equivocación.

—¿Te atreves todavía a darme órdenes o a cuestionar las mías, hembra pecadora? —gritó el Creador—. Doble será por ello vuestra pena: las hembras que por vosotros sean engendradas sufrirán la mancha de la sangre, como execrable recuerdo de este día; y los varones, para pertenecer a las huestes de mi pueblo, deberán sufrir un corte en la piel que cubre su sexo. Pero no será esa circuncisión la prueba de nuestra alianza, sino el estigma de mi castigo: por donde habéis pecado sufrís la humillación y la marca. Partid ahora en silencio.

Adán quiso protestar, pero un gesto imperioso y mudo del Sumo Hacedor les hizo comprender que todas sus palabras estaban condenadas al vacío, y que era inútil

siquiera emitir las, porque en nada alterarían la decisión de Yahvé.

Cabizbajos, temerosos del destino que les esperaba, las dos criaturas humanas se encaminaron hacia las afueras del Paraíso, hacia los límites mismos del desierto, que ahora se iba a convertir en su único y desolador hogar.

